

La violencia del orden de lo maravilloso:

Cien años de soledad y la ley de la masacre de las bananeras

Juanita Bernal Benavides/ Arkansas State University

Es imposible hablar de la huelga de los trabajadores del banano en Colombia, en 1928, sin hablar de *Cien años de soledad*. Su versión de los hechos, muy cercana a la realidad, se ha generalizado hasta el punto de que periodistas, políticos e historiadores hacen siempre referencia a ésta—y siempre con elogios—si el objeto de lo que dicen está relacionado con el sindicalismo, la violencia del Estado o la inversión extranjera en Colombia a principios del siglo XX. Su interpretación se ha universalizado y se ha vuelto una especie de monumento del evento: se visita sin verlo ni cuestionarlo. Como texto de ficción, la novela de García Márquez no precisa de veracidad y no tendría sentido pedirle lo contrario, pero como objeto en el mundo y—por su amplia recepción—como parte del imaginario de Colombia, es un hecho que la novela interviene en la realidad del país como representación de su pasado y como una manera de pensar su presente. Teniendo en cuenta lo anterior, este ensayo quiere re-visitar el episodio de la huelga y la masacre de *Cien años de soledad* y ponerlo en conversación con lo que pasa en la realidad, con el fin de ver cómo ésta se aproxima al evento y, en ese sentido, cómo media la realidad. En la misma línea de lo que afirma Regina Janes acerca de la novela, que en ésta hay una tensión entre lo que recupera y lo que distorsiona (2010, 456), este ensayo propone, por un lado, que la novela nacional de Colombia revela la forma del transcurrir de la historia del país como una serie de órdenes que se imponen de manera violenta uno sobre otro, y siempre en relación a la tierra. Y, por otro, que ella misma es, a la vez, un orden que se sobrepone a la realidad del país: un orden de lo maravilloso que resta peso y gravedad a la violencia que da cohesión al Estado nación como empresa de acumulación.

El episodio de la gran huelga bananera y su eliminación en particular es dicente de estas dos tensiones. La novela da un espacio a la figura subalterna del obrero destacando un quiebre, que no fue, de esa forma de transcurrir de la historia. Recupera los detalles de su unión y su plan de acción, y muestra la forma violenta en que la compañía frutera y el gobierno colombiano responden. Sin embargo, en el momento previo a la masacre, el texto caracteriza a los trabajadores como una muchedumbre encantada con la mortalidad y la inmortalidad a la vez, y también con las armas de fuego que le apuntan desde todos lados. La novela le habla a la mayoría excluida como confirmación de su exclusión, al tiempo que excluye activamente a los obreros al socavar su agencia y su acción política. Los re-victimiza al despojarlos de la palabra

y la razón, caracteriza su masacre como una farsa, y así secunda el olvido al que son condenados; olvido que, enlazado con la eliminación física de éstos, permite la continuación del orden homogéneo del desarrollo capitalista de la nación. Y aún si ésta no es la intención del autor de la novela, *Cien años de soledad* no es inocente. El texto se inscribe de manera problemática dentro de una crítica más amplia al imperialismo estadounidense, pues—aunque desde el plano de la representación—termina por hacer lo mismo que la cultura dominante: perpetuar la subordinación del sujeto subalterno instaurando el orden de lo maravilloso. Y así se revela la carga ideológica sobre la que se apoya la novela: aquella que acepta la modernización como verdad y destino del mundo (Moreiras 2001, 188).

Esta aparente armonía que *Cien años de soledad* parecería imponer como su orden sobre la realidad del país resulta inquietante cuando se asemeja a aquella de la ley colombiana que justamente se emplea en el momento previo a la masacre de los trabajadores del banano. Aunque con intenciones diversas, ambas narrativas terminan por limar las contradicciones sociales y crear un mundo homogéneo, donde el horror que da forma y sostiene al Estado nación como máquina de acumulación es silenciado o filtrado por el lente de lo maravilloso.

* * *

Tras la saga de los Buendía y la historia de Macondo, desde su inicio a su destrucción, en *Cien años de soledad* se narra también la historia violenta de Colombia y se hace alusión a la del continente. Con sus pretensiones totales la novela nos recuerda los tiempos de la conquista, la colonia, la independencia y el Estado-nación. Y, en particular, con el comienzo la narración va más allá de la historia del Nuevo Mundo, a un tiempo mítico, un mundo “reciente” en el que no hay aún suficientes palabras para nombrar las cosas (García Márquez 2007, 9). Así, también, la novela apunta a algo más: con el nombrar viene la apropiación del mundo, y con ésta la expropiación y la historia violenta de la iteración de la acumulación primitiva marxista. La referencia a la conquista, la colonia, la independencia y el Estado-nación cobran entonces un sentido que, más allá de establecer una relación entre Macondo y la historia del mundo, se vincula directamente con el problema

de la tierra. El texto de García Márquez se puede leer como la narración del transcurrir violento de la historia de Colombia—visto a través del microcosmos de Macondo— que se da en la imposición de un orden sobre otro. Aquí orden se entiende como *nomos* en su significado original, en su lazo estrecho con la tierra. Es decir, como la apropiación, la división/distribución y la puesta en producción de la tierra, que revela las formas de poder y de dominio, el establecimiento del derecho, su adentro y su afuera (Schmitt 2006, 42-45, 326-327). Y se entiende, además, que su existencia y ejecución dependen siempre de la violencia, pues no hay distribución y puesta en producción sin tierra, y no hay tierra sin la apropiación de la misma. No, al menos, sin una apropiación original. Desde el principio de la novela, en aquellos tiempos edénicos en los que se parece indicar que no hay noción de propiedad privada, pues no hay suficientes palabras para nombrar (apropiar), ya Macondo ha sido fundado y, por ende, una toma violenta de tierra ha sucedido. Pero no es la única, de hecho la novela se estructura como un palimpsesto de órdenes que se imponen uno sobre otro, y que se traducen en la organización de la tierra: las formas de tomar y explotar la misma, la acumulación, y, en ese sentido, el diseño e implantación de políticas económicas.

A primera vista se pueden identificar cuatro *nomos* en la novela pero, como este ensayo reflexionará adelante, hay un quinto que es la novela misma. El primer ordenamiento territorial es la fundación del pueblo, que se origina en un acto de violencia: el asesinato de Prudencio Aguilar cometido por José Arcadio Buendía, debido a que el primero cuestiona la fertilidad de este último. José Arcadio Buendía huye del fantasma de Aguilar que lo persigue, y así se origina Macondo. El asesino-patriarca de Macondo es quien decide “el trazado de las calles,” “la posición de las nuevas casas” y “la repartición de la tierra,” y es también quien impone “un estado de orden y trabajo” (García Márquez 2007, 50-51). El segundo *nomos*, también violento, se anuncia con la llegada del primer corregidor designado para Macondo, Don Apolinar Moscote. Es el orden de lo militar y de la guerra bipartidista, en el que las votaciones y el fraude electoral dividen al pueblo entre liberales y conservadores, y en el que en el estallido de la guerra el ejército ocupa el pueblo, impone el toque de queda y asesina a varios. En este orden, al tiempo que Aureliano, uno de los hijos del fundador, se rebela y deja Macondo para combatir la guerra por todo el país del lado de los liberales, el hijo de su hermano José Arcadio, Arcadio, es designado por Aureliano como jefe civil y militar. Arcadio declara el servicio militar obligatorio, obliga a todos los viejos a usar un brazalete rojo (el color característico del tradicional partido liberal colombiano) y prohíbe la misa bajo amenaza de fusilamiento. Arcadio, además, legitima la usurpación de la tierra que adelantaba su padre tumbando cercas: despoja a los campesinos y les cobra dos “contribuciones”, una semanal y otra por el derecho de enterrar a los muertos en el predio del cementerio, que también ha apropiado. Después del término de la guerra, el General Moncada impone un tercer orden

antimilitarista: erige a Macondo como municipio y se vuelve su primer alcalde. Por la misma época, el Coronel Aureliano Buendía restituye las tierras expropiadas por su hermano.

Este tercer *nomos* concluye en un breve lapso de tiempo, pues el cuarto, y aparentemente último orden, se impone en seguida y violentamente, trayendo consigo la destrucción del pueblo. Se trata del orden de la compañía bananera, cuyo preámbulo es la apertura total de Macondo al mundo por el advenimiento de la industria y los avances tecnológicos. Un único barco remonta el río hasta el pueblo, y tanto el “inocente tren amarillo” (García Márquez 256), como la luz eléctrica, el cine, los gramófonos y los teléfonos “hechizan” y “asombran” al pueblo entero y lo llenan de forasteros (García Márquez 256-259). Uno de ellos, Mister Herbert, después de probar, examinar y medir los bananos, trae consigo, justamente, sujetos que medirán—para su apropiación—la tierra: agrónomos, hidrólogos, topógrafos y agrimensores, además de abogados de guerra. Éstos se asientan del otro lado del río, en un pueblo cercado por mallas metálicas, y modifican las lluvias, las cosechas y el río, sustituyen a los funcionarios locales por forasteros autoritarios, y a los policías por sicarios con machetes, y traen “la peste del banano” (García Márquez 257-279). Una vez las plantaciones y la división del trabajo son establecidas—que es también la inclusión de Macondo en la división internacional del trabajo—, los trabajadores del banano exigen mejoras laborales, y al ser ignorados inician la gran huelga. Y así el cuarto *nomos* se revela como lo que realmente es: el orden, de nuevo, de lo militar, del monopolio de la violencia ejecutado por un Estado en favor de la transnacional bananera. La ley marcial se impone con el fin de “restablecer el orden público,” el pueblo y sus alrededores son militarizados y los obreros asesinados (García Márquez 344-347). Y la crisis y posterior destrucción de Macondo sobreviene.

El cuarto orden—que se puede identificar como el del acceso de la periferia al mercado mundial, el del capitalismo transnacional, o el del imperialismo estadounidense—se ejecuta, como los otros, a través de una violencia física y real, pero se apoya, además, en una violencia en el plano discursivo. Inmediatamente después de la masacre de los obreros se empieza a difundir entre los militares, los funcionarios estatales, y los civiles habitantes del pueblo y sus alrededores una idea: que en Macondo no ha pasado nada. Parafraseada de diferentes maneras—que allí “no hubo muertos”, que desde los tiempos del “coronel no ha pasado nada,” que “seguro que fue un sueño,” que Macondo “es un pueblo feliz” (García Márquez 350-352)—esta versión reescribe la historia, limpiándola de toda aspereza que pueda contravenir la imagen armoniosa de Macondo. Hasta la ley marcial tiene una razón de ser dentro de este orden de armonía: se establece en caso de emergencia por las lluvias interminables que suceden a la masacre.

La violencia discursiva del cuarto *nomos* anuncia el quinto: la novela misma. En su revelar la forma violenta del transcurrir de la historia de Colombia como órdenes que se sobreponen uno sobre otro, *Cien años de soledad* se desnuda a sí, también, como un orden. Y como tal, también ella se impone, no sin emplear una cierta violencia, sobre la realidad del país. El límite de la novela no se halla en lo que representa, aquello que narra se vuelve parte del entendimiento de la nación: el poder performativo de *Cien años de soledad*. Y si bien es factible pensar que como ficción este texto no tiene pretensiones de verdad, aún cuando se basa en hechos reales, es indiscutible que la novela nacional de Colombia ha servido para establecer una presunta diferencia cultural, para dar una supuesta cohesión al país, y para repensar el pasado y el presente del mismo—su amplia recepción y aceptación dentro del canon literario mundial refuerzan esto. Se puede ver así el texto de García Márquez como un orden que funciona en el plano de lo estético y lo simbólico. Pero aquí se propone que, aún en su condición de ficción pero como objeto en el mundo, la novela tiene consecuencias materiales que de una u otra forma se vinculan con cómo se ha apropiado, distribuido y puesto a producir la tierra en Colombia, y cómo se sigue haciendo lo mismo. Como se mostrará enseguida, la novela cancela la heterogeneidad, neutraliza la resistencia, e invisibiliza el horror sobre el que se erige la nación de manera similar a como lo hace la ley colombiana. En este sentido se puede pensar *Cien años de soledad* como una forma de *nomos*.

Por medio de la introducción de elementos mágicos como alfombras voladoras, mujeres que ascienden al cielo, hombres mitad humano y mitad bestia, entre otros, la novela nacional de Colombia genera una cierta concepción del país vinculada a lo maravilloso o al realismo mágico, que a primera vista parece inocente. En relación a cómo se conceptualiza el realismo mágico, el espacio tiempo que ocupa la nación se vuelve el lugar en el que se hace posible la combinación de elementos heterogéneos y donde, por arte de magia, la contradicción desaparece (Chiampi en Moreiras 2001, 185).¹ Lo dispar en tal conjunción comprende desarrollos desiguales o diferentes modos de producción económica que se dan cuando el país es sujeto a una modernización acelerada y a su integración en el sistema mundial. Y—como artefacto de un aparato más amplio: la transculturación y su crítica—el realismo mágico es también una forma concebida desde la periferia que hace frente a la modernidad a través de la apropiación de lo ajeno y la rescritura de lo propio. La puesta en escena de elementos dispares en *Cien años de soledad*, entretejidos a la crisis y desaparición del pueblo y la familia fundadora que sobreviven al orden impuesto por la compañía bananera, se vuelve una clara crítica al imperialismo estadounidense y la ideología del progreso. Una crítica, sin embargo, que por quedarse en la armonía de la no contradicción termina por difuminar el choque violento de lo dispar y reescribirlo como un encuentro de lo maravilloso.

En efecto, la crítica que emprende la novela da espacio al subalterno, en particular a los obreros de las plantaciones de banano. Muestra que ante las precarias condiciones laborales éstos se unen y organizan para pedir mejoras. Muestra cómo las directivas de la transnacional ignoran a los obreros y cómo el aparato estatal colombiano los aniquila ante su huelga y en defensa de la empresa. La narración guarda tantas similitudes con lo que se conoce de la realidad del evento ocurrido en 1928, que se ha vuelto una referencia obligatoria cuando se quiere hablar de las historias empresarial o del sindicalismo en Colombia, de la violencia estatal de principios del siglo XX, de la United Fruit Company o de la masacre de las bananeras. De hecho, antes de *Cien años de soledad*, o sea, antes de 1967, no existían estudios académicos del sindicalismo o la empresa bananera en Colombia, y es a partir de ésta que varios deciden estudiar tales temas (Bucheli 2003, 2-3). Sin embargo, la alusión a la versión de la huelga y la masacre de la novela generalmente viene acompañada de elogios; pocos critican o ponen en cuestión lo que el texto de García Márquez cuenta.² Este ensayo, por el contrario, quiere detenerse ahora en este episodio—en conversación con lo que pasa en la realidad—con el propósito de ver cómo el modo con que la novela narra éste evento, en términos de lo maravilloso, tiene efectos en la manera como se entiende el país, en la realidad de su orden.

Al término del *nomos* que impone la compañía bananera sobre Macondo—después del cual viene la crisis del pueblo y la familia—, *Cien años de soledad* narra la masacre de los trabajadores así:

Embragado por la tensión, por la maravillosa profundidad del silencio y, convencido además de que nada haría mover a aquella muchedumbre pasmada por la fascinación de la muerte, José Arcadio Segundo se empinó por encima de las cabezas que tenía enfrente, y por primera vez en su vida levantó la voz.

—¡Cabrones!—Gritó. Les regalamos el minuto que falta.

Al final de su grito ocurrió algo que no le produjo espanto, sino una especie de alucinación. El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto. Pero todo parecía una farsa. Era como si las ametralladoras hubieran estado cargadas con engañifas de pirotecnia, porque se escuchaba su anhelante tableteo, y se veían sus escupitajos incandescentes, pero no se percibía la más leve reacción, ni una voz, ni siquiera un suspiro, entre la muchedumbre compacta que parecía petrificada por una invulnerabilidad instantánea. (García Márquez 347)

En el centro de la masacre, como en el de la resistencia, está un hombre que no tiene que trabajar y menos protestar.

José Arcadio Segundo no sólo es capataz dentro de la empresa bananera, es decir, sus condiciones laborales no son necesariamente las mismas precarias de los obreros, sino que además hace parte de la élite macondiana. Como miembro de la familia fundadora del pueblo y propietaria de la tierra, antes de hacer parte de la transnacional José Arcadio Segundo se dedicaba a las peleas de gallos, y a traer un barco a Macondo con prostitutas. Y después de la huelga y la masacre, de la cual se libra como uno de dos sobrevivientes, se encierra en un cuarto a estudiar los papeles de Melquíades. Pero es a través de éste personaje—que no tiene nada en juego cuando se niega a trabajar, a diferencia de los obreros y sus familias—que el lector aprende sobre la unión de los trabajadores del banano, con él como uno de sus líderes, y que asiste a la eliminación de los mismos. Su percepción, que es vehemente ante este evento, se confunde con la voz del narrador omnisciente, y no sólo habla de los que son sus compañeros de huelga y sus familiares como una “muchedumbre” atontada, sino que además interpreta su arrebato como el resultado de una contradicción: “pasmada por la fascinación de la muerte” y “petrificada por una invulnerabilidad instantánea.” Y cuando finalmente la masacre se lleva a cabo, José Arcadio Segundo no siente empatía, no siente terror, y con razón, pues la masacre se describe con palabras que vuelven el evento una falacia (farsa, engaño). Pareciera como si la versión de *Cien años de soledad* de la masacre legitimara aquellos mismos personajes que inmediatamente después de la misma aseguran que en Macondo no ha pasado algo.

El encantamiento de los obreros y de los habitantes de Macondo en general no se reduce a este momento; se construye desde antes, a partir de la considerable serie de eventos mágicos que tienen lugar antes del evento, y desde la descripción de los militares y el sonido de los regimientos que marchan al arribar al pueblo como un “dragón multicéfalo.” Como un ser fantástico, los militares dejan pasmados a los trabajadores del banano en huelga con sus artefactos para luchar la guerra, sus nidos de ametralladoras, igual que el “inocente” tren y los demás avances tecnológicos maravillan previamente a los habitantes del pueblo. Este estado de encantamiento con que la novela caracteriza a los obreros subvierte, en cierto sentido, la resistencia que en la realidad aquellos organizan. La irrupción de los obreros en la realidad homogénea que instala la acumulación del capital se desdibuja. Como texto de ficción, *Cien años de soledad* no debe dirigirse a lo real como ocurre con la historia—que ha sido siempre el arquetipo del polo que conecta con la representación de lo real (White 1978, 89). Sin embargo, como una de las narrativas que hacen parte del imaginario de la nación, su representación estética afecta la realidad al replantear la lucha de los obreros por mejorar sus condiciones laborales y resistir a las políticas abusivas de la United Fruit Company cuando los trata como una muchedumbre irracional. El silencio y la inmovilidad del arrobado con que describe a los trabajadores les quita su agencia y el logos, y los deja como una masa de

sujetos sin voluntad, maravillados con las balas de “engaños” que los están matando, como en una farsa.

En un principio la novela da espacio a los marginados, los obreros, a diferencia de lo que hacen en la realidad la transnacional y el gobierno colombiano, que los excluyen al ignorar sus peticiones y al eliminarlos. Y muestra, en apariencia, un punto de quiebre en aquella forma del transcurrir de la historia. Sin embargo, al referirse a uno de los momentos de mayor resistencia en la historia moderna de Colombia—la huelga de 1928 de los trabajadores del banano en el Magdalena, que logra detener momentáneamente una de las máquinas del capital que sostiene el imperialismo estadounidense—y concluir que se trata de una “muchedumbre” irracional que se contradice, la novela termina participando, también, en la exclusión de éstos a través de su representación. Como dice Janes (pero en referencia a la sintaxis del episodio): “García Márquez offers us a grammar lesson in the passive voice as political activism” (2010, 465). La novela socava la firme unión de los trabajadores por obtener mejores condiciones laborales de los años anteriores, y la compacta resistencia de los huelguistas de los meses previos y, además, desatiende la gravedad e importancia del momento previo al asesinato. El ser convocados en la estación del tren significa que por primera vez sus acciones y palabras han sido atendidas; es un momento de apertura hacia algo diferente, la posibilidad de consolidar un cambio en la historia laboral y de los sindicatos de Colombia. Por supuesto, tal apertura es clausurada, pero no sólo por la ráfaga de balas de los militares en favor de la empresa bananera. También es anulada, en cierto sentido, por la ráfaga de palabras con que la novela se aproxima al episodio, y que ha afectado cómo nos aproximamos a ese momento de activismo de la historia de la nación: como si se tratara de una farsa, un evento en la categoría de lo maravilloso. Luego, en Colombia no ha pasado nada, todo sigue en orden, dirían los personajes de la novela.

Pero así también pasa en la realidad. A principios de 2019, por ejemplo, el historiador Darío Acevedo Carmona, nuevo director del Centro Nacional de Memoria Histórica—cuya existencia y trabajo dependen de reconocer el largo conflicto armado que ha afectado a varias generaciones de colombianos y contribuir, precisamente, a la posibilidad de clausurar tal conflicto (Centro Nacional de Memoria Histórica 2017)—, aseguró no creer que en el país haya habido un conflicto armado (Bolaños 2019).³ Y no es que Acevedo Carmona afirme esto por efecto directo de *Cien años de soledad*, pero hay que anotar que no deja de ser perturbador el hecho de que la novela nacional de Colombia, como ya se decía, legitime tal discurso dentro de sí misma, y que en la realidad éste se repita casi un siglo después del evento. La novela parece contrarrestar en un primer momento el discurso del poder que quiere eliminar de la tierra y de la memoria a los trabajadores que introducen el desorden al hacerlos visibles; sin embargo, su hacer visible no es inocente, como ya se ha visto. El discurso de lo maravilloso impone un orden que atenúa las

contradicciones sociales. Los obreros en huelga no son ya más la irrupción de la heterogeneidad en el orden homogéneo de la acumulación del capital, sino otro evento mágico, una masa atontada y maravillada con su (in)mortalidad. Reducir o borrar la historia de la lucha de los indígenas, los obreros, los campesinos, los líderes sociales y, en sus inicios, las guerrillas por la tierra y por sus derechos resulta conveniente cuando se ajusta a la política de acumulación de aquellos en el poder. No es coincidencia que en los primeros decenios del siglo XXI el aparato estatal y las instituciones gubernamentales se hayan valido de tal discurso para promover una imagen armoniosa y asombrosa del país, promoviendo así el turismo y la inversión extranjera en Colombia.⁴

En este sentido, resulta perturbador, también, el modo en que el discurso de la novela coincide con el del marco legal colombiano de los primeros decenios del siglo XX—que da cohesión al Estado nación moderno en función de la acumulación del capital—, y que justamente es empleado el 6 de diciembre de 1928. Ambos crean la ilusión de la continuación del orden: de un mundo maravilloso y una realidad expurgada de todo aquello que introduzca el desorden. *Cien años de soledad* hace posible percibir a los obreros y su masacre como un evento que es parte de una realidad encantada. Y la ley legitima la designación de ellos como enemigo interno y, consecuentemente, su eliminación. Los obreros intentan negociar sus condiciones laborales con la United Fruit Company por cerca de dos meses.⁵ Redactan demandas con conocimiento del sistema legal colombiano de los años veinte (Bucheli 2013, 139); piden citas a las directivas para presentarlas pero son ignorados; se someten al peligro de violar una ley anti sindicatos y huelgas, que curiosamente es aprobada por el Congreso colombiano durante la misma época (Coleman 2015, 112); se declaran en huelga y enfrentan la cárcel por su paro, y finalmente son escuchados. El gobernador del departamento de Magdalena los convoca el 5 de diciembre de 1928 en la estación del tren de Ciénaga. Pero el que se dirige a ellos es el delegado por el comandante de las Fuerzas Armadas Colombianas como jefe militar de la zona bananera, el General Carlos Cortés Vargas, quien un mes antes ha llegado a la zona con un batallón entero y otros cientos de soldados que arriban posteriormente. Antes de que los militares disparen sus armas de fuego en contra de los trabajadores, el general se pronuncia leyendo el “Decreto Número 1,” o la declaración del estado de sitio en la zona bananera y tres artículos:

Article 1: In compliance with Legislative Decree 1 of 5 December 1928, I peremptorily order the immediate dissolution of any meeting of more than three individuals.

Article 2: The government forces are ordered, with legal preventions, to strictly comply with this Decree, firing the multitude if necessary.

Article 3: No person can move after the military bugle sounds. (Coleman 2015, 113-116)

Aquí cabe preguntar por qué si desde el principio la política consistió en ignorar y después en eliminar a los obreros por completo—quitarles sus vidas, hacer desaparecer sus cuerpos y borrarlos de la memoria—, por qué se abrió un espacio y un momento para que Cortés Vargas evocara la ley ante los soldados, los obreros y sus familias. Aludiendo a la lectura de Beasley-Murray del Requerimiento, el historiador Kevin Coleman—quien ya ha explorado esta misma pregunta—asegura que los tres artículos de Cortés Vargas no tienen como destino final los huelguistas, sino los soldados mismos.⁶ Son emitidos como una forma de cohesionar a los militares entre sí y con respecto al poder soberano, y como una manera de contrarrestar cualquier afecto que los militares sientan hacia los trabajadores (2015, 117). Sin embargo, la lectura de Beasley-Murray sobre el Requerimiento está basada en dos elementos: en el desencuentro y no entendimiento de lo que dicen los españoles y los indígenas (el Requerimiento es en español), y en la repetición (para los españoles mismos: para crear un hábito que afirme su cohesión con respecto a la empresa conquistadora) (Beasley-Murray 2010, 1-6). El caso del 6 de diciembre de 1928, sin embargo, carece de ambos elementos. No sólo la lectura del decreto y los artículos no se repite más, sino que el idioma en el que se pronuncian es el mismo de los huelguistas. Tanto el español como los términos legales empleados por el Decreto 1 y los tres artículos, que son los de la Constitución de 1886, son los mismos a los que apelan los trabajadores en sus demandas a la compañía bananera.⁷

A primera vista se podría pensar que la lectura del decreto y de los artículos tiene la intención de detener, irónicamente, el paro de los trabajadores: disolver su unión basada en la no acción con el fin de que vuelvan a la acción que facilita y perpetúa la acumulación de la transnacional. La lectura, se supone, es para que el movimiento de plantar y cortar bananos, cargarlos en los trenes y en los barcos con destino a Estados Unidos, se reanude y no se pare nunca más. Pero al detenerse en cada uno de los artículos se entiende que la intención es otra. El Artículo 1 ordena que desde ese momento no puede haber reuniones de más de tres personas y, entonces, el Artículo 2 anuncia que se disparará a la *multitud* si así fuese necesario. La consecuencia lógica, a continuación, sería la disolución de la unión de los huelguistas congregados en la plaza, lo que daría paso al restablecimiento de la máquina del capital. Sin embargo, el Artículo 3 establece que nadie se puede mover después del sonido de la corneta militar, la cual suena inmediatamente. El Artículo 3 cancela la posibilidad no sólo de romper la unión y volver al trabajo, sino la del diálogo entre los huelguistas, y entre éstos y los militares. Es decir, arrebató a los trabajadores la posibilidad del tiempo que se precisa para que tomen una decisión en conjunto, e, incluso, para que tomen una decisión de manera individual. Y si el Artículo 2 anuncia la opción de la ejecución de la fuerza

de la violencia, es el Artículo 3 el que dictamina el uso de la violencia sin reparo alguno. El Artículo 3, aunque se lee de últimas, es en realidad el primero y el único, es el que da a entender que ya desde antes se ha designado a los obreros como el enemigo interno de la nación (de acuerdo al Artículo 121 de la Constitución de 1886), que ya desde antes se ha establecido su pena de muerte. Entre la lectura del tercer artículo y el sonido de la corneta no hay tiempo, al menos no para los huelguistas, quienes son ya el espectro de los muertos que serán enseguida.

Lo curioso, sin embargo, es que ninguno de los artículos ordena la muerte de manera directa; ninguno desnuda la violencia de sí mismo, es decir, de la ley. Antes bien, todos esconden el horror de su violencia, y crean la ilusión de una ley justa, que da la opción al obrero para no contravenir la ley. La opción, sin embargo, es más un momento de duda (¿disolver la unión o quedarse inmóvil en conjunto?), y un engaño que detiene a los huelguistas. El primer artículo asegura que no debe existir una reunión de más de tres personas, mientras que el segundo dice que nadie se puede mover. Los artículos 1 y 2 son la ley en contradicción, son la ley como un cerco que encierra a los trabajadores del banano. El Artículo 3 desnuda la violencia de la ley. Ahora, si de cualquier manera se va a aniquilar a los trabajadores, ¿por qué se leen el decreto y los artículos de manera pública y previa al asesinato? La intención no es suspender la ley sino continuarla, pues es la misma que permite la perpetuación de la acumulación y, a la vez, borrar el horror de la violencia que la conforma. Los tres artículos en conjunto (re)establecen el “orden público,” que es el orden del capital, la armonía fracturada por la irrupción de lo heterogéneo. Lo heterogéneo, sería, en términos de la ley, el enemigo. El “Decreto Número 1” suspende la ley de manera ilusoria: es una ley contemplada dentro de la Constitución de la República de Colombia desde 1886 que predispone tanto la denominación de un enemigo interno ante un caso de “conmoción interior,” como la ejecución de cualquier tipo de medidas que permitan el retorno al “orden público.” El modo en que se adjudica la etiqueta de enemigo y la manera de neutralizarlo queda a discreción de las políticas del aparato estatal del momento.

Las políticas de los primeros tres decenios del siglo XX, de la llamada “Hegemonía conservadora,” concentraban sus esfuerzos en promover el sector industrial con el fin de recuperar el país de la crisis económica en la que se encontraba después de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). El primer presidente del siglo, Rafael Reyes, tenía entre sus políticas la inversión directa extranjera como fundamento. Creó incentivos tributarios, subsidios y exención de impuestos para las compañías petroleras y bananera (Bucheli 2013, 98), para que éstas contribuyeran con las infraestructuras eléctricas, de ferrocarril y telégrafos. En directa conjunción con la United Fruit Company, el gobierno durante 1928 de Miguel Abadía Méndez designó como enemigo de la nación a aquel que se atreviera a detener tanto el sistema de producción mecanizado

y de acumulación de la United Fruit Company, como el proyecto modernizador de la nación. El enemigo, entonces, fue el obrero de la plantación bananera. La militarización de la zona se inició después de la declaración oficial de la huelga, pero la decisión se tomó probablemente desde antes, pues ya desde el segundo día del paro el General Vargas Cortés estaba con todo un batallón del ejército nacional en la zona. La masacre ocurrió una vez los huelguistas intensificaron su acción política: justo después de que pararon por completo la producción, al prohibir a militares y a otros trabajadores que no se adhirieron a la huelga que continuaran el corte, recolección y transporte del banano.⁸

Pero aunque el evento no fue la excepción—la suspensión de la ley—sino la ejecución y la prolongación de la norma que daba forma al Estado-nación en alianza con la empresa capitalista, lo que vino después de la masacre desdibujó el carácter legal del evento. Es decir, aún si el decreto y los artículos establecieron el asesinato de cientos de ciudadanos colombianos por parte del ejército nacional dentro de un marco legal, tanto la desaparición posterior de los cuerpos, como el hecho de que esto se hiciera a escondidas en la noche, reescriben la masacre dentro de lo clandestino. La acción de los militares quedó así entre lo legal y lo ilegal, entre lo visible y lo no visible, entre lo regular y lo irregular.⁹ El ejército nacional, cuya labor era librar la guerra contra otro ejército de otro Estado-nación o, por lo menos, defender a los ciudadanos colombianos, fue empleado aquí en contra de civiles, más exactamente, en función de borrarlos de la superficie de la tierra. Es inevitable ver la acción del ejército en 1928 a la luz de las masacres ejecutadas desde finales del siglo XX y en lo que lleva del XXI por paramilitares: grupos paraestatales que justamente están al margen del Estado, pero que le sirven al mismo, y que en ese sentido están entre lo oficial y lo no oficial. Durante los años noventa éstos fueron financiados por la actual United Fruit Company, Chiquita Brands International, como fuerza privada de seguridad. Esto daría paso a pensar dos cosas: primero, que la masacre bananera de los años veinte es una de las primeras “limpiezas” paramilitares del siglo, ejecutada por el ejército paramilitar nacional de Colombia. Y segundo, que la forma del Estado nación moderno se ha delineado, también, a partir de limpiezas paramilitares.

La huelga de 1928 fue una breve interrupción del orden de la empresa bananera, a la vez que la posibilidad de un quiebre con el transcurrir de la historia en forma de imposición de un orden sobre otro—que *Cien años de soledad* permite ver. El paro de los obreros fue la apertura a otras formas de convivir, una, al menos, en la que éstos son contados como parte dentro de la sociedad. Pero de ninguna manera la resistencia y la masacre fueron cuestión de magia, como la misma novela hace parecer. La última fue la clausura de aquel espacio, el aplastamiento de la resistencia por el aparato estatal paramilitarizado, y la reterritorialización del orden de la acumulación establecido en el Magdalena por la United Fruit Company.

El monumento que del evento hace *Cien años de soledad* y que la crítica hace de la novela nunca es objetiva, siempre tiene una agenda que seguir. En palabras de Alberto Moreiras, la crítica de la transculturación—de la que participaría *Cien años de soledad*—está ya transculturizada. Su pretensión de mostrar y preservar la diferencia cultural en la asimilación, como en el caso *Cien años de soledad*, funciona desde la ideología que acepta la modernidad como verdad y destino del mundo (Moreiras 186). La transculturación, dice Moreiras, es una “máquina de guerra” que se alimenta de la diferencia cultural, y cuya función principal “is the reduction of the possibility of radical cultural heterogeneity” (Moreiras 195-196). La transculturación y, por ende, el realismo mágico terminan por favorecer la hegemonía, la ideología del progreso y la modernización. No por nada los habitantes de Macondo se maravillan siempre ante las nuevas tecnologías, aún cuando se trata de las ametralladoras con que los van a asesinar. Franco Moretti dice que Carpentier ve en lo real maravilloso las posibilidades de una emancipación política, pero él, en cambio, ve el deseo del reencantamiento que Occidente halla en las historias de otras culturas. Con una retórica que Moretti llama “de la inocencia,” *Cien años de soledad* termina por mostrar que lo mágico no es mágico y que, por el contrario, la tecnología es la que es mágica, y además benigna: “Nothing

frightening in the products of Western technology. They seem a game. A fantastic present from Europe to that faraway village: truly, a *marvellous reality*” (1996, 250). Con su “retórica de la inocencia” la novela nacional de Colombia no es tan sólo una máquina de guerra de la hegemonía que elimina lo heterogéneo, sino la absolución del horror del capitalismo, de la ideología del progreso y la modernización de la nación.

Después de la masacre la novela narra cómo los habitantes del pueblo y sus alrededores la niegan por completo: “Aquí no ha habido muertos”, “[d]esde los tiempos [del] coronel, no ha pasado nada en Macondo” (García Márquez 350). Es factible pensar que, aunque se refiere a esto con ironía y sin que ésta haya sido la intención del autor, *Cien años de soledad* termina por generar un efecto—similar al de la ley colombiana de principios del siglo XX—con la historia de la nación moderna colombiana: imponer un orden de lo maravilloso con su propia violencia, atenuando la resistencia de lo heterogéneo y favoreciendo la ideología del progreso. En los últimos tiempos: el turismo y la inversión extranjera en el país y, en ese sentido, la expropiación de la tierra y la acumulación del capital.

Obras Citadas

- Archila, Mauricio. 1999. “Masacre de las bananeras: diciembre 6 de 1928.” *Revista Credencial Historia*. Banrepcultural.org
- Beasley-Murray, Jon. 2010. “Prologue. October 10, 1492.” En *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. 1-11. University of Minnesota: Minneapolis.
- Bell-Villada, Gene H. 2002. “Banana Strike and Military Massacre. One Hundred Years of Solitude and What Happened in 1928.” *Gabriel García Márquez’s One Hundred Years of Solitude. A Casebook*. 127-138. New York: Oxford University Press.
- Bucheli, Marcelo. 2013. *Después de la hojarasca. United Fruit Company en Colombia, 1899-2000*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Bolaños, Edison Arley. 2019. “Darío Acevedo, del EPL al uribismo, perfil del candidato al Centro de Memoria.” *El Espectador*, Febrero 09, 2019. <https://www.elespectador.com/colombia2020/pais/dario-acevedo-del-epl-al-uribismo-perfil-del-candidato-al-centro-de-memoria-articulo-857624>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2017. “Misión - Visión”. Consultado marzo 20, 2019. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/somos-cnmh/que-es-el-centro-nacional-de-memoria-historica/mision-vision>
- Coleman, Kevin. 2015. “The Photos that We Don’t Get to See. Sovereignties, Archives, and the 1928 Massacre of Banana Workers in Colombia.” En *Making the Empire Work: Labor and United States Imperialism*. Consultado septiembre 27, 2016. Kevincoleman.org
- Procolombia. 2013. “Colombia, realismo mágico”. <http://www.procolombia.co/archivo/colombia-realismo-magico>
- Constitución de la República de Colombia*. 1886. Edición Oficial. Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea HS. Eafit.edu.co

- García Márquez, Gabriel. 2007. *Cien años de soledad*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Janes, Regina. 2010. "Revisiting García Márquez Among Bananas." *Modern Language Quarterly*, 71, 4: 453-477.
- LeGrand, Catherine. 1983. "Campesinos asalariados en la zona bananera de Santa Marta. 1900-1935." *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 11: 235-250.
- Marx, Karl. 1976. "The So-Called Primitive Accumulation." *Capital. A Critique of Political Economy*. Volume I. England: Penguin Books.
- Moreiras, Alberto. 2001. "The End of Magical Realism." En *The Exhaustion of Difference*. 184-207. Durham: Duke University Press.
- Moretti, Franco. 1996. "Epilogue: *One Hundred Years of Solitude*." *Modern Epic: The World System from Goethe to García Márquez*. London: Verso.
- Schmitt, Carl. 2006. *The Nomos of the Earth in the International Law of the Jus Publicum Europaeum*. United States of America: Telos Press Publishing.
- Taussig, Michael. 2003. *Law in a Lawless Land. Diary of a Limpieza in Colombia*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Vitullo, Julieta. 2011. "One Hundred Years of Solitude. Critical Reception." En *Critical Insights. One Hundred Years of Solitude*. California: Salem Press.
- White, Hayden. 1978. "The Historical Text As Literary Artifact." En *Tropics of Discourse*. Baltimore: Johns Hopkins U.P.

Notas

1. Alejo Carpentier fue el primer latinoamericano en acuñar el término como lo "real maravilloso". Con éste se refirió a la realidad de Haití, donde, según él, el día a día está impregnado de lo maravilloso y las cosas en sí mismas son surreales (Moretti 1996, 233-234).
2. Y no se lee de manera celebratoria tan sólo su versión de la huelga y la masacre. En general la crítica alrededor de la novela se caracteriza por su tono de elogio. Como dice Julieta Vitullo en su recuento de la recepción crítica: se trata de textos que "approach the novel as a classic, they elevate it to that untouchable pedestal [...] a place where their aesthetic attributes are so highly praised as to inhibit actual analysis" (1). Gran parte de la crítica se concentra en estudiar el carácter intertextual de la novela, siguiendo los pasos de Todorov, quien rastrea tanto la tradición novelesca como la épica. Otra parte se adhiere a uno u otro lado del debate entre Vargas Llosa y Rama. Para el primero la novela de García Márquez encierra una tensión entre la ficción y la realidad, donde sale vencedora la última. Para el segundo, quien critica la visión teleológica de Vargas Llosa, pues concibe al escritor como un medio para las musas, el contexto tiene una importante influencia en lo que escribe un escritor. Ejemplos de otros autores que la elogian o la referencian desde otros campos son Bucheli, quien, desde el campo de la historia empresarial internacional, hace una revisión de la visión negativa de la United Fruit Company en Colombia—que la novela con su crítica contribuye a consolidar. Bell-Villada, quien se propone elucidar el "alto arte" de los episodios relacionados con la huelga y la masacre en la novela de García Márquez, considera que *Cien años de soledad* elude y trasciende las dificultades de la ficción de protesta "anti-Yankee" (2002, 128). Y LeGrand, aunque en sus estudios sobre los enclaves pretende constatar la versión de la novela y llenar sus vacíos, tampoco difiere mucho de esta posición. En "Campesinos asalariados en la zona bananera de Santa Marta. 1900-1935," uno de los estudios históricos referentes de la huelga y el movimiento sindicalista de la zona bananera, la autora se refiere a la "inmortalización" que de la "gran huelga de 1928" hace *Cien años de soledad* (1983, 243).
3. Con esa afirmación Acevedo Carmona niega a las víctimas su condición de despojo, así como la responsabilidad que tiene el Estado de devolver las tierras expropiadas y de adoptar una política agraria que incluya a las víctimas. Su posición suscitó críticas y acciones concretas: ciertos grupos de víctimas, entre ellos el Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá, la

Unión Patriótica y la Asociación Minga, retiraron de la entidad sus documentos (Bolaños 2019). Literalmente, extrajeron su memoria y la de una parte del país.

4. Por ejemplo, la campaña del Ministerio de Industria, Comercio y Turismo y Procolombia (la entidad que promueve el turismo y la inversión extranjera en el país, así como la imagen/marca del país) que se lanzó en 2013 tenía como slogan “Colombia, realismo mágico” (Procolombia 2013). Algunas de las imágenes que aparecían en aeropuertos y en revistas tenían mariposas amarillas, haciendo referencia a las mariposas amarillas que rodean siempre a Mauricio Babilonia, uno de los personajes de la novela.
5. La United Fruit Company empezó a adquirir terrenos en Colombia en 1899 en la región del Magdalena. Después de la crisis económica que dejó la Guerra de los Mil Días (1899-1902), la compañía recibió incentivos del presidente Rafael Reyes, como subsidios y exención de impuestos, de manera que así adquirió tierras y construyó ferrocarriles. La mano de obra escasa la completó con la inmigración de peones de otras partes del país. Entre 1963 y 1966 la empresa se trasladó al Urabá. Después del decenio del 70 el Urabá se convirtió en una de las principales regiones desde donde se exportaría banano en el mundo. Antes de 1950 la empresa era dueña de tierra y ferrocarriles; después empezó a vender sus activos y apoyarse en la compra de banano de otros dueños de plantaciones (Bucheli 15-16).
6. Coleman desarrolla su argumento alrededor de una fotografía de 5 trabajadores y líderes de la huelga de 1928 en el Magdalena, hallada por casualidad en un archivo de la división de Panamá durante los años 80.
7. El estado de sitio estaba avalado por el Artículo 121 de la Constitución de Colombia de 1886: “En los casos de guerra exterior, o de conmoción interior, podrá el Presidente, previa audiencia del Consejo de Estado y con la firma de todos los Ministros, declarar turbado el orden público y en estado de sitio de toda la República o parte de ella. Mediante la declaración quedará el Presidente investido de las facultades que le confieran las leyes, y, en su defecto, de las que le da el Derecho de gentes, para defender los derechos de la Nación o reprimir el alzamiento. Las medidas extraordinarias o decretos de carácter provisional legislativo que, dentro de dichos límites, dicte el Presidente, serán obligatorios siempre que lleven la firma de todos los Ministros. El gobierno declarará restablecido el orden público luego que haya cesado la perturbación o el peligro exterior; y pasará al Congreso una exposición motivada de sus providencias. Serán responsables cualesquiera autoridades por los abusos que hubieren cometido en el ejercicio de facultades extraordinarias” (*Constitución*).
8. Habría que tener presente el hecho de que el gobierno del presidente del momento, Miguel Abadía Méndez, también temía una revolución comunista (Archila).
9. Estos son aspectos que Michael Taussig destaca en el paramilitarismo contemporáneo (Taussig XI-XIII).